

La "Historia Moderna" de Cosío Villegas

Por PEDRO GRINGOIRE

I

CUALQUIER esfuerzo por escribir la Historia de nueva cuenta, no aceptando sin rigurosa crítica y comprobación, los cauces y las conclusiones establecidos, tiene que suscitar discusiones de elevada temperatura y polvorosa atmósfera. Y esto no sólo sucede cuando ciertos llamados "historiadores" —porque más que tales resultan apologistas pasionales o deturpadores sistemáticos, que hacen fortuna con sus desplantes de fierabrases iconoclastas— se crean renombre escandalizando a los burgueses, sino cuando se trata de un trabajo a conciencia, serio y laborioso.

Pero que se quiera ensanchar el campo de visión, contemplarlos desde nuevos ángulos, ensayar enfoque novedosos, acudir a fuentes cuya importancia se ha pasado por alto o tenido a menos, emplear métodos peculiares, aplicar un criterio imparcial (hasta donde tal cosa es humanamente posible) y que por consiguiente, se llegue a conclusiones que el propio historiador no sabe, al iniciar su trabajo, cuáles serán; qué se haga esto, algo menos o algo más, y ya está la tremolina.

Y es natural y bueno que así sea. Porque cuando de veras se tiene la verdad, sólo la verdad y toda la verdad por divisa y meta, son benéficos estos oca-

mientos y despolvadas de los tablados de la historia aceptada comúnmente. Ajetreos de los cuales, a la corta o a la larga, lo bien puesto, bien puesto queda, y lo que no, vágase a mala parte, que la verdadera verdad no tiene por qué temer, sino que siempre sale gananciosa.

Todo esto es para decir, que tal es el caso de la insigne, y bien y mal traída, **Historia Moderna de México**, primer volumen, "La República Restaurada", de don Daniel Cosío Villegas. Y conste que si tarde bajamos al ruedo, es porque no quisimos escribir de oídas o por encima, sino hasta acabar de leer las 915 páginas (aparte índices y referencias) del tomo en cuestión. Así que, si en lo que sigue desbarramos, sírvanos al menos de atenuante la hazaña de esa lectura. Y el no pretender autoridad alguna en el ramo, sino que juzgamos y escribimos sólo como de un simple lector para los simples lectores.

ERUDICION, DIVULGACION, HONRADEZ

En lo cual no andamos fuera de orden tan por completo. Porque Cosío Villegas ha querido escribir también para nosotros los que no somos especialistas. Y esto constituye la primera característica de su libro. Ha querido que sea, a la vez, para los especialistas y para nosotros "los

de abajo". Y hasta inventó, para ello, una "curiosa," pero conveniente cábala, para no dejar a los eruditos sin el banquete de las referencias detalladas de sus fuentes, y tampoco producirnos a los ordinarios mortales una indigestión mental.

Un muy autorizado articulista le criticó ya a don Daniel, juzgándolo fallido y raíz de muchos males, este esfuerzo por servir a dos señores.

A nosotros nos parece que la tentativa, si no por completo eficaz, es sí muy encomiable. Ya el procedimiento empleado se podrá perfeccionar. De un estudio de esta envergadura, no sería práctico intentar dos ediciones, una erudita y otra vulgarizante. ¡Y por qué no hemos de quedar excluidos unos y otros, si todos somos mexicanos y tenemos que saber nuestra historia?

La segunda característica es la honradez, tanto en el manejo de sus fuentes como en el razonamiento que guía su interpretación de los datos. Con esto no queremos decir el cero absoluto de la objetividad pura. Lo cual no es más que leyenda. Y aun si de verdad existiera, no como abstracción, sino como realidad ¿quién es el guapo que lo alcanzaría? Después de todo, digámoslo sin meternos en más honduras, la historia no es relato supuestamente neutral. En cierto modo, el historiador tiene que vivir o revivir la historia, puesto que la historia es vida, no un simple enlatado de hechos disecados. Y para vivirla tiene, como quien dice, que meterse en ella, convertirse él mismo en actor.

La historia verdadera no es reseña sino interpretación. Eso sí, interpretación honrada, hecha con esfuerzo de imparcialidad, con hambre de verdad y sed de justicia. No el arrebato cegatón de la pasión política, el pretender destronar un mito sólo para suplantarlo con el opuesto. Y en esto, creemos, Cosío Villegas ha querido ser honrado. Cierto, nuestro historiador es liberal, pero no acasillado. No rinde culto ante el altar porfiriano, pero tampoco se esfuma en inciensos para Juárez y mucho menos para Lerdo. No vacila en señalar los errores de los liberales y aun del liberalismo, y su crítica de los adversarios de éstos es mesurada, pertinente y siempre apoyada en hechos y documentos. Aunque algunos personajes, particularmente don Porfirio, no salgan sin piquetes del fino florete de su ironía; siempre, eso sí, conforme a las reglas caballerescas del duelo.

LABOR DE EQUIPO Y FUENTES PRIMARIAS

Otra peculiaridad de la obra, es que se trata de una labor de equipo. Don Daniel formó y puso en acción un grupo de colegas y de jóvenes investigadores, un poquitín a la manera de un Van Loon, un Wells o un Toynbee. Y esto, según entendemos, se hace por primera vez en México, en tal campo y con tal extensión. Porque, viéndolo bien, no fué verdadero trabajo de equipo el de "Méjico a Través de los Siglos" o el de "Méjico y su Evolución Social", en que vigorosas individualidades se repartieron secciones que cada quien escribió por cuenta propia. La suma de diez o veinte

Jugadas solitarias no hace nunca un ego de fútbol.

Este trabajo de equipo permitió a don Daniel abarcar dimensiones de terreno que él solo, o aun con unos cuantos colaboradores, no habría podido escudriñar ni en toda una vida. Así fué posible examinar minuciosamente multitud de fuentes y construir un fichero fenomenal. Lo cual no quiere decir que el propio Cosío Villegas no haya invertido una formidable cantidad de tiempo y energía en laboriosa y personal investigación.

Por último, el autor tuvo la valentía de ceñirse casi exclusivamente a las fuentes primarias, repasando las conocidas y desbrozando mucho terreno virgen para dar con otras. Con su equipo, se lanzó a bucear en bibliotecas, en archivos, inéditos o no, y en partes de guerra y declaraciones oficiales de los propios protagonistas. Además, se dió a escudriñar los periódicos de la época y a seguir paso a paso los debates parlamentarios, fuentes estas dos últimas, que usualmente sólo habían visto de pasada la mayoría de nuestros historiadores, y a las que Cosío Villegas, da, justificadamente, una especial importancia.

“La Historia Moderna” de Cosío Villegas

Por PEDRO GRINGOIRE

II

EN nuestro artículo anterior marcábamos, a nuestro modo de ver, cuatro peculiaridades principales de la **Historia Moderna** de México, primer volumen, “La República Restaurada”, de don Daniel Cosío Villegas. A saber, combinación de obra erudita y obra de divulgación, la honradez, la labor de equipo, y el empleo casi exclusivo de fuentes primarias. Salvo en lo de la honradez, que nunca acarrea defectos o desventajas, hallamos en las otras tres características, origen de virtudes, a que ya aludimos someramente en el artículo anterior, y ocasión de defectos, a los cuales aludiremos, también con brevedad, en el presente.

LAS DOS TABLITAS

De lo primero, en realidad no es mucho lo que se podría señalar a manera de deficiencia. Ya decíamos anteriormente, que se le ha criticado esa combinación eruditodivulgadora. En efecto, los peligros son obvios. Pero nosotros creemos que de ellos se salvó don Daniel, como dice el dicho, “en una tablita”. O mejor, en dos tablitas. Sea la primera su sistema de referencias, que eliminando éstas del camino del lector ordinario, lo cual facilita la lectura, no priva de ellas al erudito que especialmente las busca, y que puede hallarlas al final, acumuladas bajo una cláve que, si su trabajo le va a co-

tar descifrarla, una vez familiarizado con ella, muy útil le habrá de ser.

Y la segunda tablita, es el excelente primer capítulo, “Herenicia y Legados”, en que don Daniel resume y anticipa una buena parte de sus conclusiones. En él hallará el lector ordinario un sumario que, si no se resolviere a leer o al menos examinar el resto del libro, le da lo suficiente para conocer algunas de las tesis (usamos esta palabra con toda precaución) del autor, de las cuales se halla la comprobación documentada en las páginas que siguen. En cuanto al erudito o especialista, dicho anticipo sucinto, le es de evidente utilidad a modo de introducción.

Con todo, tras estas tablitas queda el hecho de que la combinación dista de estar equilibrada. En realidad, la obra se inclina ostensiblemente del lado de la especialidad. No obstante la buena y encomiable intención de don Daniel, es más para personas que desean profundizar en el tema, que para el público en general. Para éste, se encuentra muy recargada de detalles.

DETALLISMO Y CONFUSION

Lo cual es, desde el punto de vista del lector ordinario, al que también quiere estar dedicada, una dificultad. Cosío Villegas, pensando quizás en que, dada la peculiaridad del tratamiento y

de las conclusiones, el erudito necesita que se le apiñen las pruebas, anda pródigo en ellas. Lo cual, si es ventaja para el especialista, resulta fatigoso para el lector ordinario.

Cierto que este detallismo, al que ha de añadirse una especie de cámara lenta en la relación de los sucesos, puede tener su explicación. No hay que olvidar que los hilos de la Historia están de suyo muy enmudecidos en este período, que las situaciones de por sí son confusas, que hay que penetrar a menudo en parajes inexplorados, y que eso casi impone al historiador la obligación de la minucia y del paso lento, a fin de aclarar los hechos.

Sin embargo, esto, que si no fuera por esa explicación, sería llanamente prolijidad, no deja a veces de cansar al lector, y de hacerle desear un poco más de obra de síntesis, como la del primer capítulo ya citado. Y cabe preguntar si no habría podido el historiador dejar muchos de esos detalles, y sobre todo, de sus copiosas citas, para su aparato de notas del apéndice. O haber hecho más rigurosa su selección. ¿No será esto un resultado de la labor de equipo que puso a don Daniel en posesión de un nutrido y espléndido fichero, con la consiguiente tentación de citarlo profusamente, y del entusiasmo natural de quien, en su manejo de fuentes primarias, da con tanto material apenas conocido?

Necesario es, por ejemplo, señalar la lucha parlamentaria, más movida y quizás, en el fondo, más decisiva que las campañas militares. Pero nos preguntamos si las largas secciones en que dicho debate se sigue a paso, no podrían haberse condensado más. Pues a ratos nos parece estar leyendo simplemente el “Diario de los Debates” o el reporte de un cronista parlamentario, más que la interpretación de un historiador.

Pero aun si llegáremos a justificar por completo esta prodigalidad en los detalles —cuya presencia señalábamos ya, con cierta preocupación, al reseñar el volumen de prueba de “La Revuelta de la Noria”—, todavía advertimos otra deficiencia. Nos parece que el plan del libro se hace confuso, sobre todo en las partes tercera (“El relajamiento constitucional”) y quinta (“La discordia civil”). Hallamos numerosos saltos retrospectivos, forzados por el desarrollo en líneas paralelas, pero tratadas sucesivamente. Por ejemplo, siguiendo una de ellas, dejamos ya muerto a Juárez, o derrotado a don Porfirio. Pero al tomar el hilo de otra, de la cual se trata después, hallamos de nuevo a don Benito en acción y a don Porfirio iniciando la revuelta anterior.

No queremos con esto decir que el plan debió ceñirse al orden cronológico riguroso. Lo cual lo habría hecho monótono. Como en las novelas, en la histo-

ria son válidos y plausibles los "backflashes", con tal de que no se incurra en confusión y en anticlimax. Que es lo que nos ha parecido experimentar leyendo algunos pasajes de esta obra.

UNA NUEVA ETAPA DE INVESTIGACION

Con todo, creemos que por primera vez se nos da un análisis documentado y perspicaz, de ese increíble fenómeno de la década 1867-77: la desintegración casi repentina del poderoso y triunfante movimiento liberal, y la aparición de un paternalismo tiránico y personalista.

Es más. Esto que voy a escribir va a parecerles a muchos una afirmación temeraria e hipérbolica. Pero la he pensado

muy bien antes de escribiría, y
por tanto, estoy listo a recibir
los acogotamientos y los apabu-
llós consiguientes. Hasta hoy,
con Cosío Villegas y su equipo
es cuando empieza a escribirse
historia, en gran forma, en Mé-
xico. Hasta aquí lo que se ha es-
crito bajo ese nombre, ha sido
mayormente, en el mejor caso,
indagación y repertorio de da-
tos, y simple crónica de sucesos,
y en el peor, diatriba ponzoñosa
o panegírico exaltado. Por tal ra-
zón, y por debajo y por encima
de las naturales y aun provecho-
sas polémicas que su obra susci-
te, Daniel Cosío Villegas merece,
en mi humilde opinión, bien de
la Patria, por haber roturado
nuevos terrenos de investigación
y haber inaugurado una nueva
etapa de los estudios históricos
en nuestro país.